

alma. Y en la tercera, el tentador otorga a la Humanidad Moderna la libertad, pero sin declarar antes el precio que tendrá que pagar, dejando que se acostumbre a ella sin declarar la enorme deuda que contrae. De repente, el diablo quiere que se le pague de una vez y el precio es triple: separar al hombre de Dios, separarlo de los demás y separarlo de sí mismo. Las respuestas de la humanidad son diversas. Unos, el clan de los conservadores, dicen que el diablo tiene razón, que el precio de la libertad es demasiado alto, y es mejor renunciar a ella. Otras tres familias difieren: unos abrazan la ciencia como respuesta a todo problema o mal; otros, los individualistas, dicen que perder todo aquello (Dios y los demás) no es pérdida alguna, sino liberación. Por fin, los humanistas dicen que la libertad es algo precioso y que de ninguna manera podemos devolver, pero que, por otra parte, es necesario recuperar lo que estamos lamentablemente perdiendo.

Todorov escribe de forma amena sobre los valores humanistas que hacen posible la persistencia de la libertad moderna sin menoscabo de otros valores esenciales, como la cohesión social, los valores comunes, la responsabilidad del yo personal. Su recorrido del pensamiento humanista para en temas vitales como la persona, la vida social, el amor, la decisión moral, la creatividad de expresión, y se sirve del pensamiento expuesto en la tríada de Montaigne, Rousseau, Constant, y luego, en una segunda fila, Descartes, Montesquieu y Alexis de Tocqueville. Los tres valores humanistas centrales, según Todorov, serían la autonomía del yo, la finalidad del tú, y la universalidad de los demás.

Frente a una variedad de humanismos cerrados o crudos que niegan la trascendencia o rechazan cualquier otro límite, esta exposición y defensa de un humanismo abierto, moderado, aparece como una herramienta que bien podría hacer que la humanidad recuperara el tiempo perdido y avanzara hacia un auténtico progreso personal y social. No todos los lectores estarán de acuerdo en todo momento con Todorov; pero la idea central del libro, es decir, «la herencia del humanismo» en sus valores esenciales a favor de la persona y de la sociedad, y en su apertura a la trascendencia y a la religión, es hoy tan bienvenida en el discurso moral, filosófico y político como la lluvia tras una larga sequía.

En este sentido, y al menos para quienes propugnamos un humanismo abierto, habría que mencionar otro libro reciente del filósofo inglés David E. Cooper que se titula *La medida de las cosas*, y que lleva en su subtítulo una esencial calificación de esa *medida*, con palabras un tanto sorprendentes en el discurso filosófico moderno: *humanismo, humildad y misterio*. Humildad y misterio no tienen para este filósofo una clave cristiana y ni siquiera habla de un posible humanismo cristiano, sino que parece rechazar la noción de misterio, si ésta implica una realidad trascendente. Es curioso, porque hubo un tiempo no muy remoto en el que *humildad y misterio* eran precisamente las notas típicas de un cristianismo despreciado e insultado.

La mejor teología cristiana moderna lee la fe en clave humanista y hace posible un humanismo abierto a la trascendencia y practicado sin menoscabo de la fe o moral cristiana. Tal vez sólo esta variedad de humanismo que muchos académicos ignoran sea la única capaz de hacer temblar al mismo diablo, pues coincide en una nueva exclamación moderna y tradicional de que el ser humano sigue siendo la gloria de Dios.—Álvaro DE SILVA.

VÁZQUEZ DE PRADA, A.: *El Fundador del Opus Dei. Los caminos divinos de la tierra*, Tomo III, Madrid (Rima) 2003, 796 pp.

Sin duda alguna, este último tomo de la trilogía biográfica dedicada a la vida y la obra de san Josemaría Escrivá completa dignamente una labor histórica de un gran valor y una contribución importante a la historia de la Iglesia contemporánea. Estos tres tomos constituyen un punto de referencia imprescindible para futuros estudios sobre el fundador del

Opus y para las investigaciones sobre el origen y desarrollo del movimiento que se identifica como la Obra de Dios. No importa la perspectiva en la cual se sitúa el lector frente al fenómeno floreciente de la Obra fundada por el santo, hay que confesar que se trata de uno de los fenómenos de gran alcance religioso y espiritual en la historia contemporánea de la Iglesia católica. El mismo éxito del Opus Dei ha suscitado una crítica acerba fundamentada a veces en una ignorancia de su verdadera doctrina y de su carácter institucional o, lo que es peor, en una intolerancia ideológica frente al resurgir de un modo de vivir cristianamente apto para un encuentro del Evangelio con los signos y las exigencias de los tiempos actuales.

El orden seguido por el autor en los nueve capítulos de esta obra es necesariamente cronológico, algo que exige el enlace entre historia y vida, pues, en la persona de san Josemaría Escrivá, se encuentra con un actor que trasciende lo privado y particular debido a las implicaciones universalistas de su carisma y de su contribución a la creación de modalidades institucionales que lograron a tener importantes resultados en el ámbito de la relación entre la Iglesia y la sociedad moderna. Participan y maduran los miembros del Opus en el desarrollo del drama de Concilio Vaticano II acompañados siempre por el fundador y ayudados con sus consejos espirituales. Se trata de un concilio que, en gran parte, ratificó la teología y la espiritualidad del laicado presentes en el mismo Opus. Pero, tampoco descarta el autor tomar en cuenta los sinsabores que sufría san Josemaría relativos a las manipulaciones erróneas de las enseñanzas conciliares que hicieron algunos en el periodo pos-conciliar. Es interesante ver como el santo guiaba su Obra durante estas décadas con gran prudencia y discreción.

El autor nos proporciona el cuadro histórico pero es el biografiado que habla, particularmente, por medio de una correspondencia suya conservada y ampliamente citada en toda la obra. La recopilación de estas cartas ofrece una fuente única de datos y de orientaciones que definen al fundador y, en conjunto, revelan los contornos de su espiritualidad. Además, la misma correspondencia como medio de comunicación en varios niveles apunta a una capacidad grande de la parte del santo de saber mantener una red de amistad y de parentesco espiritual entre él y sus discípulos. El autor es uno de los amigos pero este hecho no quita nada del modo profesional y objetivo que emplea en su libro. Si uno, objetivamente, quiere saber lo que es el Opus Dei y como ha logrado, en tan poco tiempo, a tener un lugar tan destacado entre los movimientos católicos del mundo de hoy, le recomendaría la lectura de estos tomos. Es una producción digna de la Obra, con una buena encuadernación, un esmerado aparato crítico y unos índices útiles y completos.—John J. OLDFIELD.

VICIANO, A.: *Cristianización del imperio romano. Orígenes de Europa*, Murcia (UNIVERSIDAD CATÓLICA SAN ANTONIO) 2003, 442 pp.

Nuestro autor es profesor titular de la Teología Patristica en la Universidad de San Antonio (Murcia). Su esmerada preparación académica en el campo de la Filología Clásica y en las investigaciones de la Antigüedad tardía está copiosamente reflejada en este extraordinario estudio sobre un asunto de pertenencia vital a las discusiones contemporáneas acerca de la futura Constitución europea. La búsqueda de aquel 'patrimonio común europeo' afirmado en el Tratado de Maastricht (1991) no ha logrado, hasta la fecha, identificar un consenso común acerca del mismo. Viciano ofrece en este libro su bien fundamentada opinión concerniente el origen de Europa como entidad que no es meramente una aglomeración de hechos históricos o etapas de avances tecnológicos, sino como una coalescencia espiritual forjada de «raíces culturales» (p. 365) nacidas del encuentro del cristianismo con el mundo clásico, heleno-romano.

UNIVERSIDAD DE NAVARRA
SERVICIO DE BIBLIOTECAS